

COSTUMBRES POPULARES.



EL MORRILLO.

D

uchos valientes, apellidados *brigantes* por los soldados de *Austertiz* y de *Marengo*, cuyo renombre y esfuerzo no bastó para domarlos, se encontraron en 1814 sin tener

que comer, despues de haber contribuido á salvar la patria.

Sentado ya el principio de mi cuento, no me será difícil encontrar entre tantos valientes hambrientos como produjo aquella noble paz, un ambriento valiente, cuyo tem-

11 de julio de 1841.

de alma no era á propósito para resignarse á mendigar el sustento del cuerpo, despues de haberse acostumbrado á que los franceses le dejasen innumerables veces en pacífica posesion de sus ollas de rancho; y este bravo entre los bravos era, si mis lectores no lo han por enojo, el nieto de un alpargatero de Málaga, á quien sus camaradas de montañas llamaban por mal nombre el *Morrillo*, aunque despues que su capitan le puso en las boca-mangas de la chaqueta dos galones de hilo blanco, le saludaban con el nombre de *mi cabo Sarmiento*. Y en efecto, *Sarmiento* era su apellido.

El *Morrillo* era natural de un pueblecillo de la costa de Málaga, tierra famosa por sus pasas, por sus sedas y por sus trabucazos. Su padre *Juan Sarmiento* se había enriquecido corriendo el aire, como allí dicen, ó trafucando en géneros de ilícito comercio, según la elocuencia de nuestros empleados del resguardo, y vivía una vida regalada en medio de los apiñados toneles de su espaciosa bodega, ó fumando su pipa en amor y compañía de otros vecinos, á quienes refería con placer los arriesgados lanceos que había corrido en su juventud. El *Morrillo* era niño cuando su padre iba á Gibraltar á ayudar á los ingleses á destruir nuestra industria, y nunca le pasó por las mientes que aquellos grandes fardos de mercancías, sobre los cuales solía encaramarse, podían contener su miseria ó su opulencia futura. Cuando ya llegó á ser lo que hoy llamamos un hombre, *Juan Sarmiento* había recogido velas, retirándose al puerto como prudente piloto, de modo que no tuvo que ayudarle ni una sola vez á embarrancar el falucho, ni á echar la carga en tierra, ni á nivelarla en los lomos del *esquillo*, ni á aparapetarse detrás de él, para hacer frente á los guardas con trabuco en mano. Lo mas que pudo hacer, y lo que hizo en efecto, fue darse buena maña á gastar, que para esto todos la tenemos, y á no perder coyuntura de presentarse en la Ciudad, es decir, en Málaga, luciendo el *jaleo* sobre legoso potro, todo esperanzado de ablandar por su *aquel* ó por sus dádivas la voluntad de una arrogante moza por la cual belia los vieitos, habiéndola visto al acaso cruzar un día por la plaza mayor.

Requería de amores á esta moza, que bien le merecía por cierto, un *jaque* de la tierra; y no hubo menester mas el *Morrillo*, para jurar por el talle de *Narcisa* que le había de romper la *gata*. La ocasion de las desventuras nunca tarda en presentarse á los hombres, y pocos días habian transcurrido desde aquel en que los celos habian picado el corazón de nuestro *terno*, cuando dió vista á su rival que de casa de su prenda salia.

Habia sonado ya la oracion, hora en que el *Morrillo* daba el último paseo con su potro por delante de las ventanas de *Narcisa*, antes de retirarse al pueblo. Detúvose al ver un hombre, conoció al *jaque*, desmontó de un salto, fué para él, y trabándole del *dorman* le dijo, ó tú, ó yo.

Estas palabras en Madrid equivalen á un desafío en regla, con el correspondiente acompañamiento de padrinos, se entiende, si el que las pronuncia y el á quien van dirigidas pertenecen cuando menos á la que llamamos gente decente: si son aguadores ó gente así, de *baja ralea*, suelen ir acompañadas de algunos cubetazos ó cuchilladas. En Málaga, y particularmente en los pueblos de aquella provincia, no se conocian en vida del *Morrillo* los duelos á la extranjera. O tú ó yo queria decir poco mas ó menos lo siguiente: "chico, vamos á tirarnos aquí mismo un par de *esapetazos* á boca de jarro antes que nadie nos vea," con lo cual quedaban designados arma, sitio, hora y distancia.

El *jaque* no era hombre de volverse atrás: adivinó de un golpe, que solo los enamorados conocen, que el *Morrillo*, galán de fama, era su enemigo de amores, y haciéndole seña de que aguardase, volvió á entrar en casa de *Nar-*

cisa. No tardó en bajar á la calle con una escopeta en la mano: el *Morrillo* desengachó la suya del potro, y se fué á situar en la acera del frente.

—¿Quién escupe primero? dijo el *jaque*.

—Los dos á la par, respondió el *Morrillo*: á la una... á las dos... á las tres...

Solo se oyó un tiro: la ronda tardó en acudir el tiempo necesario para que se efectuase una desgracia, porque para prevenir las siempre la ronda acude tarde, y encontró el cadáver del *jaque* que tenia dos balazos en la frente: á su lado estaba la escopeta cargada con el cebo quemado.

Quince ó veinte dias despues entró una *lancha de cubierta* en el mal puerto de la *Requesjada*, si puerto puede llamarse una sucia ría de la costa de Cantabria, encajonada entre dos montes, por uno de los cuales tiene que trepar el que desea conseguir la gracia de entreyer á lo lejos una detestable taberna, en donde generalmente se encuentra por única bebida el peor *chacolí* de las montañas de Santander. En ella empinaban el jarro hasta diez *brigantes*, húsares de la division del herrero de la *Puebla*, y mas adelante teniente general de los reinos de Valencia y Murcia, D. Francisco Tomás de Longa, cuando se les presentó un arrogante mozo, que de la susodicha lancha habia desembarcado. —¿Quién vive? le dijo uno de ellos tirando del sable. —Me parece que he encontrado la horma de mi zapato, respondió el mozo. ¿Sois voluntarios? —Semos ¿y qué? —Es que yo tambien quiero sentar plaza. —¿Tienes calés? —Bastantes para convidaros. —Toca esos cinco, camarás: Longa está en *Santillana*, y esta tarde te presentaremos á él. ¿Cómo te llamas? —Manuel Sarmiento. —Famoso nombre. —En mi tierra me conocen por el *Morrillo*. —Pues bien *Morrillo Sarmiento*, nuestro eres, y te se dará el correspondiente caballo y armas, en cuanto nos reunamos con la compañía. Aquí no hay mas sino, muera *Pepe Batallas* y su hermano *Napo-Ladron*, y viva España, y viva Fernando y vamos robando: matar *gavachos* á porrillo, enamorar patronas, y dejar que la bola ruede. Patron, saque V. cinco azumbres mas para esta gente honrada, en salenia del alistamiento del *Morrillo*. —

Bebieron hasta cerca del anochecer, y bebieran probablemente toda la noche, á no llegar un espía á avisarles que el general *Donet*, gobernador de Santander, acababa de hacer salir una partida de dragones franceses á reconocer el campo. Levantaronse todos echando mil reniegos al tuerto gobernador que así les aguaba el *clucoli*, montaron á poco rato, el *Morrillo* subió á la grupa de uno de los caballos, y tomaron el trote hacia *Santillana* entonando aquella sabida copla:

"Longa le dijo al caballo,
Sácame de este arsenal,
que me vienen persiguiendo
los de la guardia imperial."

II.

Seguir al *Morrillo* en aquellas expediciones de campo raso y de montaña, en que cada dia era un encuentro, y cada encuentro una mortandad, seria cuanto largo. Hallóse en las principales jornadas de la guerra, fué uno de los pocos que asaltaron el castillo de *Pancorbo*, y uno de los primeros que penetraron en *Vitoria*, cuando todavia el intruso rey José I, á cuya guardia ayudó á acuchillar á las puertas del palacio del *Campillo*, bajaba mas muerto que vivo á esconderse en la calesa, que lo salvó milagrosamente por el camino de *Pamplona*.

Pero el resultado fué que en 1814 se encontró como dijimos arriba, sin oficio ni beneficio; mas aun, se encontró sin padre y sin hacienda, puesto que el primero murió de pesadumbre, porque los franceses le habian robado y des-

truido la segunda. Recibió estas tristes nuevas en S. Sebastian el mismo día que le entregaron en su cuartel la licencia absoluta, y como hombre de pelo en pecho, formó su plan de operaciones. "Yo no debo ser el único, se dijo prudentemente, que hoy se vea á la luna de Valencia: embarquémonos para Málaga, que tal vez la tierra me proporcionará algunos medios de pasar la vida; y sobre todo, si el rey no me dá blanca, preciso será buscarla: á la tierra pues y *laus deo*."

Dicho y hecho: un *quéchemarín* le llevó á las playas queridas de su infancia. No quiso ir á su pueblo, sino que se quedó en Málaga, y trató de averiguar el paradero de *Narciso*, causa inocente de los peligros corridos, y á la cual no había olvidado. Supo que estaba soltera, lo que no le causó estrañeza, por tener entendido que los años de guerra son años fatales para matrimoniar, y rebulléndole en el alma la esperanza, escribióla un papel adornado con mas de veinte corazones, flechas y cupidos, segun uso y costumbre de militares ó encarcelados, en el cual le recordaba los pasados tiempos, cuando rondaba su calle, y las innumerables penalidades que por su hermosura había arrostrado. Contestóle *Narciso*, á fuer de agradecida, ó de amante, ó de cansada de una larga y lórzada abstinencia de amorios, y le pidió que luego, luego, la pidiese á su padre por mujer: pero el *Morrillo*, que tenía su poco de orgullo metido en el cuerpo, pensó, y pensó bien, que siendo el padre de su querida hombre de casa y tienda abierta, no recibiría con tanto gusto la petición de un cabo licenciado sin calzones, como sin duda hubiera recibido en otro tiempo la del hijo del rico *Juan Sarmiento*. Llegó también á sus oídos, que noticiosos los parientes del *Jaque*, á quien dió muerte *en buena ley*, de su llegada á Málaga, pensaban delatarle, por lo que sin perder momento avisó á *Narciso* que se mantuviese firme y constante, asegurándole que no tardarian en verse cumplidos sus deseos.

El amigo en cuya casa estaba en Málaga era un contrabandista, de aquellos, si los hay, que ni temen á Dios ni al diablo, y enterado de las cuitas del *Morrillo*, le propuso que le acompañase á Gibraltar, á una expedición de honra y provecho. No se hizo de rogar nuestro héroe, y al día siguiente partieron en un baluchó de aquellos que cortan el aire con su traidora *vola latina*.

Al cabo de seis meses y de cuatro viajes de ida y vuelta desde Gibraltar hasta las playas de *Felez*, ya el *Morrillo* había salido de apuros. Montaba en sus correrías por tierra un arrogante *bayo* de rolliza cola y largas crines, sobre blando aparejo, cubierto por una magnífica *sacamunta* de airosos y sueltos flexos y bordada de sedas de colores: la *cabezada*, el *petral* y el *baticol* eran anchos, guarnecidos de motas de felpilla azul y blanca, y de una baqueta forrada de terciopelo carmesí. En cuanto á su traje, era el de rigoroso lujo de los contrabandistas: zapato doble de punta roma; botín de gamuza bordado con sus correspondientes agujetas; calzon de punto de seda negra, cubiertas sus costuras laterales por dos hileras de botonadura de plata; canana de cuero primorosamente trabajada, y que permitía asomar las orillas á una rica faja moruna; chaloquillo de seda, rebata de lo mismo sujetá cinco dedos mas abajo de la garganta por relumbrante topacio; camisa de chótreras; enalla vuelto; pañuelo en la cabeza; fino calañés de copa gacha, y una elegante zamarra, que no la diera él por el mas rico de los grandes uniformes del rey *José*, que se cogieron en la batalla de Vitoria. Sus armas eran pistolas y un enorme *nananero* que pendía de su airosa cintura, de modo que al verle atravesar los hermosos viñedos de *Felez Málaga* oprimiendo los hijares al *bayo* y ataviado con su lucido traje confesaban todos no haber admirado jamás un contrabandista tan apuesto ni tan atrevido.

Era la tarde de un día sereno y claro, cuando el *Morrillo* salía de Málaga satisfecho de haber obtenido el consentimiento del padre de *Narciso*, para que la boda se verificase dentro de tres dias; y seguramente se quedara aquella noche en la ciudad, si otros cuidados no le llamasen hacia la costa. En aquella noche debía desembarcarse un rico contrabando de géneros de algodón ingleses, que una goleta conducía á su bordo: el buque se habia mantenido todo el día dando *bordeadas* á la vista de tierra, y habia hecho varias señales solo del *Morrillo* y de sus asociados en el cargamento comprendidas: fuele pues preciso acudir á la costa á la hora convenida, y en ella se reunieron hasta treinta ó cuarenta *trabucos*, que á haber formado un solo cuerpo no les entrara todo el resguardo del Mediterráneo reunido. Mas no lo hicieron así, sino que echada la carga en tierra, formaron con los fardos tantos lotes como interesados eran, y luego por el orden en que habian acudido fueron cogiendo cada cual el suyo, y colocándolos en los caballos ayudándose mutuamente. Ninguno de ellos partió mientras hubo un fardo en tierra, mas al punto que todos estuvieron acondicionados, el *Morrillo* dió la señal con un silbido: montaron todos, y á las palabras *salud y buena fortuna* que proauunció poco despues, echaron á andar en distintas direcciones segun aquella vez lo tenían acordado, ya con el objeto de burlar mejor la vigilancia de sus perseguidores, ya por no hacerse sombra unos á otros en el despacho de las mercancías.

El *Morrillo* tomó por una vereda siguiendo la orilla del mar: llevaba dos pesadísimos fardos que detenian algunas de lo que el quisiera la marcha de su querido *bayo*, y se proponia no salir de aquel camino hasta que la luna le advirtiese que podia internarse en la tierra sin peligro. Era aquella la última expedición de contrabando en que pensaba arriesgarse personalmente, y al paso que acariciaba en voz baja al caballo, animándole á sostener la fama de andador que tenía adquirida en otras empresas no menos peligrosas, su imaginación volaba á casa de *Narciso*, á la cual pensaba sorprender en breve con algunos regalos de las ricas telas que en los fardos conducía.

Sacóle de estos alegres pensamientos la detonacion de una arma de fuego; el *Bayo* rehiló las orejas y apretó el paso, señales ciertas para el *Morrillo* de que había *moros en la costa*: un segundo tiro le confirmó mas aquella verdad, y ya no le fue posible dudar de que algunos de sus compañeros se veían perseguidos de los guardas. Antes de que tuviese tiempo de reflexionar lo que debería hacer, sintió el galope de un caballo que volvia en direccion opuesta al suyo, y casi al mismo tiempo cruzó por su lado con la velocidad del rayo uno de los contrabandistas, quien reconociéndole al pasar, le gritó: *Vuelve grupa, Morrillo, y aligera que está encima el Boposo*.

El *Morrillo* sacó del cintó una azahaja y cortó las amarras que sujetaban los fardos, los cuales vinieron al suelo, pudiendo el ginete colocarse á su sabor sobre la alfarda, operación á que ellos dan el nombre de *aligerar*: mas no bien la hubo ejecutado y vuelto grupa, cuando uno de los enemigos montados se le echó á los alcances, y apuntándole con la carabina, le gritó: *ríndete al rey*. El *Morrillo* conociendo que era imposible escaparse de la carabina huyendo, se detuvo de repente, y cuando el guarda estuvo á doce pasos, echó mano á una de las pistolas, y hundiendo los talones en los hijares del *Bayo*, se le descerrajó á su perseguidor con tal puntería que le derribó del caballo al suelo.

Volaba el *Morrillo* en alas del *Bayo*, y juzgábase por entonces libre de todo azar, pero la suerte le tenía guardado para hacerle experimentar su rigor. El ruido de su pisotetazo alarmó á los compañeros del herido guarda, y to-

dos le acosaron á un tiempo por todas direcciones. ¡Ah mi buen *naranjero*! dijo él cuando los vió llegar: ya es hora de que hagas tú deber: quieto, *Bayo*, quieto; ya que muevas en la refriega, que sea con honor.

Refriega fué en efecto la que el *Morrillo* sostuvo aquella noche apapetado detras de su caballo, que en la inmovilidad pudiera competir con la mas fuerte muralla, y mas de un trabucazo suyo hizo morder la tierra á mas de un guarda, y aun la hiciera morder á todos ellos, sin dos picaras balas de estos, que acertaron á dar, una en la cabeza de nuestro héroe, y otra en la de su heroico caballo. Cayeron ambos, el *Bayo* muerto, y el *Morrillo* herido: este fué conducido á *Málaga*, y aquel abandonado á la voracidad de los cuervos.

El *Morrillo* curó de su herida, no para enlazarse en perpétuo nudo con la hermosa *Narcisa*, sino para pasar del hospital á la cárcel. Formáronle la indispensable causa, pues aunque ningun género de ilícito comercio le hallaron en su cuerpo ni en el de su caballo, fué mandado sumariar por haber hecho resistencia al rey en las personas de los dependientes del resguardo, y aun por haber herido á varios, al paso que dichos dependientes quedaron libres por haberle herido á él y matado al *Bayo*. De esta causa resultó lo que hasta hace pocos años ha resultado en todas las causas de contrabandos, aunque no hubiese pruebas legales, con tal que no faltasen algunas apariencias de pruebas. El *Morrillo* fué sentenciado á seis años de presidio en el *Peñon de la Gómera*; *Narcisa* se casó con otro, ó no se casó, pues esto no ha llegado á mi noticia.

Solo he sabido que al tomar el hijo de *Juan Sarmiento*, cabo primero licenciado de voluntarios patriotas, posesion del patio del *Peñon*, por no haber querido la patria darle que comer, dijo á los soldados que le habian conducido estas palabras: *amigos míos, es preciso desengañarse, el que nació para ochavo no puede llegar á cuarto.*

J. M. DE ANDRÉZA.

GLORIA.

Cuya es la voz que en el confín resuena,
De un eco en otro sin cesar rodando?
¿Cuya es la voz que al ánimo engaña,
Y el alma vá de su estupor sacando?

¿Cuyo es el son de misterioso acento
Que de la brisa en el aliento vaga,
Dulce cual soplo de amoroso viento
Que en el regazo de la flor se apaga?

¿Do halló el raudal de mágica armonía
Que así en la mente al ánimo suspende?
¿Dó el susurrar de acorde melodía
Que en entusiasmo al corazón enciende?

¿Cuya es la sombra alada y misteriosa,
Que al alma encanta en su incesante vuelo,
Al recorrer de incienso vagarosa,
En sacra nube, el transparente cielo?

¿Es del dolor el genio que destila,
La hiel que hiervé en su nefando seno,
O el ángel del amor, cuya pupila
Radia del bien al respirar sereno?

¿Es el aliento, el soplo espirituoso,
Que el sacro Dios entre armonía exala,
O el de Lozbel aliento ponzoñoso
Que de su labio entré la hiel resbala?

¿A qué entre ruido y resplandor y encanto
Mi inerte pecho en entusiasmo inunda;
A qué al pasar los pliegues de su manto
Mueve en redor, con que mi sien circunda?

¿A qué viene y quién es? las ricas flores
Que en mágico tropel orlan su frente:
¿En qué vergel de esplendidez y amores
Dieron su esencia al perfumado ambiente?

¿Qué sol vibró sus lípidos destellos,
Sobre esos lauros que en redor la ciñen,
En ondas mil orlando los cabellos,
Que de su trenza al revolver desciñen?

¿Quién es y adónde vá? que si traspaso
de los remotos siglos las tinieblas,
Allí tambien las huellas de su paso
Miro romper del porvenir las nieblas.

¿Quién es y adónde vá? la incierta plauta
A dó ligera entre las auras goia?
¿A dó el fulgor que mi pupila encanta
Su ojo sagrado al entreabrír envía?

Grecia, Cartago, Roma, el tiempo hollando
Cruzar la miro en misteriosa huida,
Hombres tras hombres de su luz llevando
En pos, el alma y la razon perdida.

Y ella fué la que en Grecia las lecciones
Guió del arma al sanguinoso estruendo;
La que arboló los aúricos pendones,
Que aliva Roma enarboló venciendo.

La que el aliento entusiasmo de Atila;
La que inspiró sus cánticos á Homero;
La que alumbró en la lánguida pupila
De Sócrates el rayo postrimero.

La que á David en cánticos sagrados
Hizo romper su inspiracion divina;
La que entreabrió los labios consagrados
Del que ante el pueblo de Israel camina.

La que á Aristarco remontó á la esfera
Del Sol, á sorprender su ley volada,
La que á Platon dictó, la luz primera
Del aliento de Dios ser emanada.

La que la mente entusiasmo de Apeles;
La que sonó de Pindaro en la lira;
La que guió el cincel de Praxiteles,
Y ante el concurso á Ciceron inspira.

Do quier la sigo en rededor contemplo
Hombres que van soñando en sus fulgores,
Hasta tocar la cumbre de su templo
Dando en sus aras lágrimas por flores.

Y yo tambien de mi entusiasmo en alas
De tu fulgor en pos audaz me lanzo,
Viviendo ¡ay Dios! del Alito que exalas,
Sigo tu luz aunque jamás la alcanzo.

Y ora seas quimera de la mente,
O ensueño que forjó mi fantasía,
Siento una chispa en mi abrasada frente
Que hácia tu luz á mi pesar me guía.

Más si en pos de la luz que se eslabona
En torno de tu sien he de ir en vano,
Si no he de hallar jamás en tu corona
Un lauro que á mi sien ciña tu mano,

Si no ha de hallar el vértigo que siento
 Calma jamás, ni término á su pena,
 Aboga en mí sien mi alivio pensamiento,
 Y al barro vil mi espíritu encadena.

Corta á mi mente el ala que atrevida
 Remonta audaz tras la ilusión que alcanza,
 Y en el tendido oriente de mi vida
 Hunde por siempre el sol de mi esperanza.

RAMON DE SATORRES.

RECUERDOS DE VIAJE (1).

X.

PARIS.



Se ha dicho, no sin fundamento, que al establecer una nueva colonia, lo primero que hacían los españoles era fundar un convento, los ingleses una factoría, y los franceses un teatro; y siguiendo esta regla de proporción, la capital de Francia debe tener, y tiene efectivamente, tantos espectáculos escénicos, como establecimientos mercantiles la de Inglaterra, como iglesias y conventos poseía hasta hace pocos años nuestro Madrid. — Prescindiendo del aparato teatral de la política que en aquella capital, madre de las revoluciones, y aplicadora práctica de teorías, despliega su formidable aspecto civil ó militarmente segun las ocasiones; dejando á un lado también la escena viva de la sociedad, en la cual campea con todo su poder la inclinación, el instinto normal de los franceses hácia los juegos escénicos y su fingida declamación; haciendo abstracción de las recepciones oficiales de la corte en que un rey ciudadano (que representa felizmente su papel) contesta con largas peroratas poéticas á las no cortas que le dirigen los públicos funcionarios; á vestido con el uniforme nacional estrecha entre sus manos las de sus bravos camaradas que le hacen la guardia, y gasta y destroza un caballo y un sombrero pasando y repasando por entre sus filas; no cuidándonos tampoco del clásico espectáculo que ofrece en el palacio del Luxemburgo la cámara de los Pares, ni del vital y romancesco de la de diputados en el palacio Borbon; no tomando en cuenta las aristocráticas escenas mas ó menos públicas de los salones del cuartel de S. German, las financieras de la *Chausée d'Antin*, ni las populares y plebeyas de las calles de S. Dionisio y S. Martin, en que todos los actores despliegan una singular habilidad escénica, una vis cómica y aparato teatral que ofrecen *gratis*, por su dinero, al peregrino espectador; limitándonos, en fin, por ahora á los teatros y escenas propiamente tales, con sus decoraciones de carton, y sus vestidos de oropel; á los actores fingidos que representan delante de actores verdaderos; á las farsas del genio que lucen su habilidad delante del genio de la farsa, y se encargan de divertir al pueblo mas ávido de diversiones que existe en el mundo, haremos una rápida reseña de ellos con la misma conciencia y brevedad con que hemos tratado de los establecimientos de otras clases.

Pasan de treinta los espectáculos públicos que alimentan diariamente la insaciable curiosidad de los parisienses, y ayudados unos con las crecidas subvenciones del gobierno,

y dados otros exclusivamente en la constancia de sus parroquianos, sostienen entre sí una magnífica lucha, que dá por resultado el rápido vuelo del ingenio, la superioridad incontestable que en este punto tiene París sobre todas las capitales de Europa. — Asombraría verdaderamente á nuestros lectores si trasladásemos aquí el simple resumen del número infinito de individuos empleados allí en esta profesión y sus dependencias; el cálculo aproximado de los capitales invertidos en ello; el movimiento intelectual á que dá lugar y sus consecuencias sociales y políticas; pero prescindiendo por ahora de estas consideraciones que nos llevarían muy lejos de nuestro propósito, descenderemos á las breves indicaciones que nos hemos propuesto de aquellos espectáculos, que dejan el mas grato recuerdo en la imaginación del viajero.

Coloquemos en primera línea, y aun fuera de toda comparación, la *Academia real de música*, asombroso espectáculo lírico, que, segun decia *Rousseau*, es de todas las academias la que mas ruido hace en el mundo. — En este teatro, como en todas las demas (aunque con muchísima mayor importancia), son tres los objetos que dividen justamente la atención del observador; á saber: el local de la escena, los espectadores y el espectáculo. — En cuanto al primero, puede asegurarse que aquella sala es una de las mas ricas y elegantes que existen en Europa, y aunque en el exterior no ofrece objeto de particular encomio, el interior es bello, rico, suntuosamente decorado, y de una estension capaz de contener cómodamente sentadas dos mil y cien personas, cuya entrada llena produce unos 12,000 francos (48,000 rs.). — La costumbre seguida en este como en la mayor parte de las demas teatros de París, es dividir el suelo de la sala en *orquesta* (que son las primeras filas inmediatas á esta, y cuesta diez francos cada asiento) y *parterre* (que son los asientos de las demas filas, y cuestan cuatro francos cada uno); y las localidades altas en *balcon* ó grada descubierta, que corre delante de los primeros palcos, en tres órdenes de estos, y otra cuarta que sirve de galería general, bajo los nombres de *anfiteatro*, *paraíso* &c. El balcon y los asientos de orquesta son los sitios privilegiados de la elegante concurrencia; los palcos ó aposentos, cuyos precios varían segun su altura ó situacion de frente ó de costado (porque la forma circular ó elíptica de los teatros franceses establece una notable diferencia en perjuicio de los lados) son por lo regular ocupados por las familias; y en las regiones elevadas, cuyo precio desciende en proporción de su altura, así como en los asientos de *parterre*, se colocan los aficionados cuyas módicas fortunas no pueden sufrir concurrencia con los *guantes amarillos* del balcon.

No es solo lo subido de los precios lo que hace molesta la asistencia á aquellos grandes teatros; sino la dificultad de obtener sitio, y las muchas diligencias que esta misma dificultad exige. — Anúnciase, por ejemplo, una buena función para cualquiera de los dias lunes, miércoles ó viernes únicos en que trabaja este teatro; si al espectador le es indiferente el precio, y si le sobra ademas tiempo para comprometerse de antemano, puede acudir la víspera ó el mismo dia al despacho á retener su asiento, escogiéndole ó designándole en el plano del mismo teatro que está á la vista en la oficina; pero entonces tiene que pagar á porción francos por los asientos de diez, y así á proporción. Pero si no gusta de prodigar su dinero ó su tiempo, y solo se acuerda del teatro pocas horas antes de empezar la representación, preciso le será colocarse modestamente en fila en el pórtico del coliseo, aguardar allí una ó dos horas la apertura del despacho, tomar su billete no numerado, cuando le toque llegar al ventanillo, y si aquel es, por ejemplo, de segundos palcos, subir apresuradamente la escalera para ganar por la mano á los que vican detrás, solicitar luego

(1) Véanse los anteriores artículos en los nueve últimos números del Semanario.

humildemente el ser colocado por las nada amables y vetustas acomodadoras que guardan las llaves; recibir, por lo regular, de estas, una seca negativa, á pretexto de estar todo lleno; tener que bajar no menos rápidamente al despacho llamado *de suplementos*, donde pagando el esceso se le cambiará su billete por otro de superior categoría; acaso recibirá nuevas negativas, y repetir otra y otra vez la misma operación, hasta que colocado, en fin, en un rincón de un pequeño palco de cuatro asientos, y asestando oblicuamente su antejo por entre un enorme gorro de señora y unas fecundas melenas de galán, puede aguardar allí otra hora á que comience la representación. Verdad es que para entretenerla tiene el *Entresceto*, el *Vert-vert*, el *Puente-Nuevo* y otros varios periódicos literarios, que son en la misma sala vendidos y pregonados en alta voz; ó el programa del espectáculo, ó el libreto de la ópera: ó bien puede dejar sobre su asiento un guante, un pañuelo, en señal de posesión (señal que en honor de la verdad debemos decir que es generalmente respetada), y marchar á pasarse, y hacer tiempo en el magnífico salón de descanso (*foyer*) que por la animación y elegancia de la concurrencia es uno de los sitios más curiosos de París; una verdadera linterna mágica en donde suele ostentarse alternativamente todas las notabilidades políticas, literarias y artísticas de todos los países del globo, desde los reyes presentes y pretéritos hasta los genios futuros y en albor. Para un forastero (suponiendo á su lado un *cânone* inteligente) es este uno de los espectáculos más entretenidos y sabrosos; para un parisiense *com' il faut*, el *foyer* y el *balcon* de la ópera son el verdadero teatro; la historia contemporánea literaria, política y galante, con cuyo interés pretende en vano competir el del espectáculo artificial, por grandes que sean su primor y magnificencia.

Sonlo sin embargo en realidad, y puede asegurarse que la *Academia real de música* por la reunión de los talentos artísticos que en ella se despliegan, por la importancia de la grande ópera y baile pantomímico que constituyen su espectáculo, por el mérito de cantores, bailarinas y orquestas, y por el magnífico aparato en decoraciones y comparsas, es el más admirable espectáculo escénico, la más armónica agrupación de todos los adelantos en el arte teatral. Con efecto, después de citar las grandes óperas de un *Rossini*, de un *Meyerbeer*, de un *Aubert*, de un *Donizetti*; *Guillermo Tell* y *Roberto el diablo*, la *Muda de Pórtia* y la *Favorita*; los magníficos bailes pantomímicos de la *Silfide*, la *Rebelión del Serrallo* y el *Diablo enamorado*; los admirables talentos y físicas dotes aplicadas al canto por el tenor *Duprez*, el bajo *Barrouillet*, madama *Dorus-Gras* y otros infinitos; la singular habilidad, el mágico artificio de las bailarinas *Tagliani*, *Esster*, y *Paulina Lerroux*; el talento mímico de los *Ellie*, *Mazurier*, &c. &c.; después en fin de contemplar los preciosísimos cuadros-diorama pintados por *Cicci*, *Plutatre* y *Gambon*, y las numerosísimas comparsas magníficamente ataviadas con toda la verdad histórica; después de ver por ejemplo, los pintorescos lagos y montañas de la Suiza, y la animada escena de la conjuración en la ópera de *Guillermo Tell*; el bullicioso mercado y la admirable bahía de Nápoles en la *Muda de Pórtia*; el claustro iluminado por la luna, y la escena de la resurrección de las monjas, ó el interior de la catedral de Palermo en el *Roberto el diablo*; la vista de la ciudad de Colonia en los *Hugonotes*; el alcázar de Sevilla en la *Favorita*; el desfile del coetajo imperial al final del primero acto de la *Judía*; el baño de las odaliscas en los jardines de la Alhambra en el baile de la *Rebelión del Serrallo*; el baile de máscaras en el *Gustavo III*; el vuelo admirable de las ninfas en la *Silfide*, el mercado de Ispahan, y el infierno, en el magnífico baile del *Diablo enamorado*; admirable espectáculo que en el invierno último ha cautivado la atención de

todo París, y formado una gran reputación de talento mímico á la bailarina *Paulina Lerroux*, ¿qué otro espectáculo pudiera ya parecer grandioso, que nuevos goces exigir ya los sentidos?

Hay sin embargo en el mismo París otro teatro que por sus circunstancias peculiares y aunque sin tantas pretensiones, divide justamente la atención de la sociedad escogida, y es el de la *Ópera Italiana*, que accidentalmente se halla situado en el teatro del *Odeon*, desde que hace pocos años pereció el sayo propio en un violento incendio. — El teatro actual está situado muy lejos del centro de París, y ni la disposición interior de su sala, ni el mérito de sus decoraciones, comparsas y aparato escénico, merecen el más mínimo elogio; pero para justificar la voga que disfruta y lo elevado de sus precios, baste decir que en él despliegan sus talentos los artistas *Rubini*, *Tamburini*, *Lablache*, la *Julietta Grisi* y la señora *Persiani*, que son considerados, con razón ó sin ella, como las primeras notabilidades líricas de Europa. — Vinculados, por decirlo así, hace diez años en este teatro y en el real de Londres, trabajan en París desde el día 1.º de octubre hasta el último de marzo, lo que está muy en armonía con las costumbres de la brillante sociedad que frecuenta aquel teatro, y suele pasar en el campo los meses del estío; hasta que á la proximidad del invierno abandona sus quintas y castillos, y corren á escuchar sus transalpinos ruiséñores. — Estos, por su parte, regresando de sus correrías á Londres y otras capitales, vienen cargados de laureles, de guineas, y florines, á recoger nuevas coronas en su sala privilegiada, en su sala coqueta, aristocrática y perfumada del *Odeon*. — En ella encuentran reunida la sociedad más brillante de Europa, la nobleza francesa, los diplomáticos y viajeros extranjeros, los artistas y entusiastas aficionados que de regreso á sus hogares se encargan de difundir por todas partes la fama de aquellos genios de la armonía. Pero esta misma fanática adoración (que tal puede llamarse) hace que aquellos artistas descuiden el aumentar su repertorio, y presentar al público parisiense las muchas novedades de la lira italiana; pues seguros como están, de sus sesenta, ochenta y cien mil francos anuales, y de ver todas las noches la casa llena de espectadores dispuestos á prodigarles sus bravos y laureles, repiten constantemente las piezas más conocidas, aunque buenas, del antiguo repertorio de *Rossini* y *Bellini*; la *Gazza ladra*, la *Generosita*, *Il Barbiere*, *Moisè*, *Norma*, *I Padriani*, *Pirata* &c. &c., y con dificultad ofrecen una más moderna en toda la temporada, como ha sucedido en este año último con sola la *Lucrecia Borgia* de *Donizetti*. Pero todo se les tolera, y hasta el completo descuido del aparato escénico y aun lo muy subalterno de las partes secundarias, en gracia del eminente talento y facultades que despliegan los cinco artistas ya citados.

La *Opera-cómica francesa* es el tercer teatro lírico de París, y ocupa un bellissimo edificio construido modernamente sobre las ruinas del antiguo teatro italiano que se incendió. Por su situación, en lo más céntrico del boulevard, por la elegante disposición de su sala, y por cantarse en ella la ópera bufa y semiseria francesa con su música propia y nacional, sin mezcla de italianismo ó germanismo como en la Academia real de música, es uno de los espectáculos más frecuentados por el público propio parisiense; si bien el extranjero no halla en aquella música motivos de entusiasmo, ni tampoco en la medianía de los cantantes, entre los cuales figuraba en este año el bajo *Batelli* que tuvimos hace años en Madrid, y una hija de la Sra. *Loreto García*.

El *Teatro francés*, situado en uno de los ángulos del palacio real, es el primero de declamación en aquella capital, y por el admirable conjunto de los talentos artísticos que en él se reúnen puede llamarse digno trono donde cam-

pean noblemente los ilustres genios de Molière, de Racine y de Corneille. — El que quiera ver hasta que punto puede llevarse la verdad escénica; la dignidad y la nobleza en la acción, la expresión sublime de las mas profundas emociones del ánimo, la pureza de la dición y demas circunstancias que constituyen el encanto del arte teatral, no tiene mas que asistir en el teatro francés de la calle de Richellieu, á cualquiera de las tragedias ó comedias de la escuela clásica representadas por sus eminentes actores. — Descuellan al frente de todos ellos la célebre trágica *Rachel Félix*, jóven artista que por un don particular del cielo se ha colocado improvisamente á una altura superior sobre todos los actores contemporáneos, y es el mas digno intérprete que acaso hayan tenido nunca las sublimes concepciones de Corneille y de Racine. No es fácil decir en cual de sus cualidades artísticas consiste su mérito principal; porque todo en ella es armonioso y conveniente, todo noble y verdadero. Dignidad y magnífico aplomo en la posición de la figura, decoro y magestad en la acción, ternura y sublimidad en la expresión de los afectos, excelente voz, pura y delicada dición, y un cierto sabor antiguo y monumental que sabe prestar á todas las grandes figuras que traslada á la escena, Phedra, Camila, Hermione, Roxana y Esther, que producen en el espectador un sentimiento indefinible de sorpresa y de grata satisfacción. — A igual elevación aunque en el género cómico-urbano de la alta comedia de Molière, se ha sostenido constantemente hasta el invierno último en que acaba de retirarse de la escena la célebre Sra. *Mars*, la tradición viva de los recuerdos de la buena escuela, que á despecho de la edad ha sabido sostener su inmensa reputación artística durante medio siglo. Molière y Beaumarchais han perdido en ella su mejor intérprete, y los apasionados *Celimena* y á *Susana* renuncian ya al placer de verlas dignamente representadas. — Entre los actores del primer teatro francés alcanzan en el género cómico la mayor altura los Sres. *Monrose* y *Samson*, aquel, verdadero tipo del *Figaro* de Beaumarchais, y de los *Scapin* de Molière, y este entendido intérprete de los cuadros políticos de Scribe, de las difíciles creaciones de Bertran de Ranzaw y del lord *Holinbroke*. En el género trágico, el mas atrevido es *Lézier*, el cual en los *Hijos de Eduardo* y otras tragedias modernas ha suplido en lo posible el inmenso vacío que Talma dejó. — En segunda línea aparecen los Sres. *Firmin*, *Beauvallet*, *Saint-Aulaire* y otros, y las Sras. *Noblet*, *Menjaud*, *Plessis*, la hermosa reina *Ana*, y *Doce* la bellísima *Abigail* en el *Vaso de agua*, admirable comedia de Scribe que se estrenó en aquel teatro el invierno último.

La escuela apellidada *romántica* que hace pocos años levantó su turbulento pendón con la pretensión de hacer olvidar y aun silbar como imbeciles las admirables producciones de Racine y de Molière, y sustituirlas por los delirantes ensueños de una rica fantasía, no pudiendo hallar fácil entrada en el templo de las artes clásicas, en el teatro de la calle de *Richellieu*, que á duras penas se permitió una muestra en los mejores dramas de Victor Hugo y Dumas, *Hernani*, *Antoni* y *Marion*, se dirigió con todo su aparato feudal de hacha y cuchillo á uno de los teatros del *Boulevard*, el de la *puerta de S. Martin*, donde pudo ampliamente desplegar todos sus gigantescos medios para electrizar y seducir á una generación desatada de grandes sensaciones, á un público entusiasta y amigo de la novedad. El gran talento que sin justicia no pudiera negarse á Hugo, á Dumas, Soulié y á algun otro de los gefes de aquella escuela, unido al que desplegaban en la ejecución los actores *Bacage* y *Lakroy*, las actrices *Georges*, *Dornal* y otros de este teatro, le hicieron contravalanzar y aun eclipsar por algunos años la gloria del primer teatro francés; en el día los autores románticos están ya muy lejos de *Lucrecio Bor-*

ja y *Ricardo Darlington*, y el teatro de la puerta de San Martin ha vuelto á entrar en su órden inferior, si bien conservando el privilegio de los reales adulterios, y de los mantos de púrpura arrojados en el lodazal.

Los otros teatros del *Boulevard* llamado por esta razon *del crimen*, que reparten con el de la puerta de San Martin el abasto de las lágrimas frenéticas y de las crisis nerviosas, son el del *Ambigu* y el de la *Alegría*, y en ellos lucen sus sanguinolentas novelas dialogadas los Victor Ducange, Bucharly, Ancelot y otros. Allí está la originalidad de muchos de nuestros ingenios; de allí vienen en fantástica nube el *Jugador de los treinta años*, el *Compañero de S. Pablo*, *Lázaro el pastor*, *Los perros de San Bernardo* y otros infinitos héroes mas ó menos patibularias ó cuadrúpedos que no contentos con estasiar y hacer llorar á todo trapo á las grisetas parisienses, aprenden un tantico de lengua castellana, bajo la dirección de cualquiera de nuestros literatos, y se introducen en las escenas de la calle de la Cruz ó del Príncipe para edificación de nuestro pueblo y encanto de nuestra sociedad. *Federica Lemaitre* es en Paris el actor tipo de aquellos dramas, y uno de los mas favoritos sino el primero entre todos los que trabajan en los teatros de Paris.

El *Faudeville*, comedia de costumbres populares que á tal punto de perfección han llevado los ingenios franceses, y á su frente la célebre empresa literario-mercantil conocida por la razon de *Scribe* y *Compañía* que lleva ya mas de cuatrocientos dados á la escena, se reparte los teatros del *Gimnasio*, el *Vaudeville*, las *Variedades* y el *Palacio-real*, y en todos ellos es mucho lo que hay que admirar en el conjunto del desempeño por parte de los actores; *Bouffé*, *Lepestre* y la Sra. *Brohan* en el *Gimnasio*, se distinguen por la delicadeza y franca naturalidad de su expresión; *Odri* y *Fernet* son los héroes de la farsa y del bajo comico en el teatro de las *Variedades*; *Arnal* es el tipo del *Vaudeville*; y la *Dejaet* la heroína de las picantes intrigas del *Palacio-real*.

En cuanto al género de estas composiciones nada diremos por ser harto conocidas de nuestro público, y únicamente halla de extraño en ellas el extranjero la indiscreta mezcla de diálogos hablados y coplillas cantadas, lo cual ademas de absurdo es ridículo en boca de actores nada propios para el canto.

Ademas de estos teatros hay otros muchos subalternos sin género propio, y viviendo por lo regular de las piezas rehusadas por los demas: tales son los del *Panteon* y *Lucemburgo*, las *Louuras-dramáticas* y el *Café especuládo* y otros. — Hay tambien dos teatros infantiles, el de *M. Comte* y el *Pequeño Gimnasio*, en donde son niños los actores que demuestran lo que arriba dijimos, á saber: que toda francés nace cómico, y que allí es naturaleza lo que en otras partes producto del arte. Por ultimo, son varios los teatrillos de figuras y sombras, entre los cuales los mas notables son los de *madama Saqui* y el de *Seraphin*.

Pero otro espectáculo existe en Paris que rivaliza en ostentación con los primeros de la capital, y escede casi á todos en popularidad; y este espectáculo es el *Circo Olimpico*, sobre cuya portada se lee el pomposo rótulo de *Teatro Nacional*. Dedicado en efecto, á presentar al pueblo escenas de magnífico aparato teatral y ecuestre, tomadas las mas veces de su propia historia contemporánea, y sobre todo de la mas popular que es la del emperador Napoleon; reuniendo á sus grandiosas proporciones la pompa de su decoración, el numeroso cortejo y habilidad en hombres y caballos; y auxiliados por autores especiales que conocen el lenguaje y las inclinaciones del pueblo, y saben halagarlas, no es nada extraña la importancia que disfruta aquel espectáculo, y que hasta pretenda rivalizar con el gran teatro de la calle Le-

pelletier. — Con efecto, á los coros y danzas de la *Opera* opone el *Circo* sus batallas formales, sus ejércitos numerosos, sus asaltos de fortalezas, sus ciudades incendiadas, sus gineles, caballos y cañones; el aparato de *Roberta el Diabolo* y de los *Hugonotes* en la ópera, tiene que ceder ante el que despliega el *Circo* en las mil escenas del *Hombre del siglo*, ó *El último voto del Emperador*; y añádase á esto que allí la historia es cierta, los actores ciertos tambien. El *Circo* no es propiamente un teatro; es un campo de batalla: allí no se representa la comedia, allí se repite la historia: el actor que representa á Napoleón es el objeto del entusiasmo de toda la compañía: la guardia imperial es un ascenso en ella, y las filas de los austriacos, ingleses ó rusos un castigo: no hay que animar allí á los actores para correr al combate; por el contrario, hay que contenerlos para que no se maten de veras; escojidos casi todos ellos entre las filas de los veteranos del ejército, se entusiasman con sus recuerdos. Cuando suena el cañón, cuando huelen la pólvora, cuando ven delante de sí uniformes blancos ó colorados y un público que aplaude y les escita con los gritos de "viva la Francia," "viva el Emperador," entonces no son ya actores, son verdaderos soldados, y el drama se ha convertido en historia. — En este último invierno ha ocupado al *Circo* la representación exacta y gigantesca de la traslación de las cenizas de Napoleón desde la isla de Santa Elena á los Inválidos de París, y era ciertamente original, además de lo grandioso del espectáculo, el ver figurar y hablar en el ó varios de los personajes de la comision de Santa Elena, de suerte que hubo noches que habia un general Bertrand entre los actores, y otro entre los espectadores, un Gourgand en un palco, y otro en la escena, un Lascasas hablando, y otro oyéndose hablar, y sino sacaron á la escena al mismo hijo del rey de los franceses, príncipe de Joinville, fue porque no asistió á la exhumacion.

Otros muchos espectáculos reparten entre sí el resto de la concurrencia, especialmente en invierno, en que todos son pocos para el crecido número de aficionados. — Entre ellos sobresalen los conciertos públicos del Conservatorio, y del salon del pianista Hertz, local suntuosísimo y elegante, capaz de ochocientas á mil personas de entrada, en donde se encuentra alternativamente á todas las notabilidades filarmónicas de París, y pudiera decir de Europa,

pues de todas partes van allá á recibir lo que pudieramos llamar la consagracion artistica. En este invierno se ha oido allí con entusiasmo además de todos los cantantes de los teatros de la capital á la Señora *Paulina Garcia*, hermana de la célebre *Madama Malibran*, y tambien han lucido sus talentos la Sra. *Grisi* mas jóven, la *Marieta Albini*, tan célebre otro tiempo en Madrid, el Señor *Puig* tan justamente apreciado en nuestros salones particulares, el famoso pianista *Listz*, los violinistas célebres *Fieuxtemps*, y *Hauman*, el arpista *Labarre* y otros nombres igualmente distinguidos en las artes. — Hay además para recurso de los desocupados, y grato entretenimiento de las primeras horas de la noche dos conciertos instrumentales, públicos y diarios, en los estensos salones de las calles de Vivienne y de S. Honorato donde por un franco de entrada, se encuentra un bellissimo local, una concurrencia constante y generalmente fina, y una orquesta numerosa que ejecuta con primor las bellas composiciones de Straus, Beethoven, Musard, Valentino, Jullien, Fessi, y demas autores de moda.

Si á todos estos espectáculos añadimos la multitud de bailes públicos, serios y burlescos, enmascarados y *sin disfraz*, campestres y villanos, en mil establecimientos intra y extramuros, decorados con los nombres exóticos y pomposos de *Tivoli*, *Frascati*, *Fauscall*, *Ranelagh*, *La Chaumiere*, *L' Ile d' Amour*, *Idalia*, el *Prado*, y el *Retiro*; las varias esposiciones ópticas, como el *diorama* del incendio de Moskou, el *navalaroma* de las campañas maritimas; el *cosmorama*, *georama* &c.; los experimentos de fisica, microscopios solares, linternas mágicas, electricidad y magnetismo, somnambulismo y adivinacion; los ventrilucos y prestidigitadores, los indios juglares, é indianas bayaderas, los volatines intrépidos, y autómatas cubileteros; los monstruos humanos, las figuras de cera, perros sapientes, pájaros obreros, pulgas maravillosas, serpientes danzarinas, y tigres domésticos; los juegos de bochas, las riñas de gallos, los combates de fieras, y carreras de caballos, y otros mil ingeniosos espectáculos que á cada hora, á cada paso se reproducen sin cesar, habrá de convenirse en que aquel pueblo es un verdadero laberinto de la imaginacion, un embrollo de los sentidos.

EL CURIOSO PARLANTE.

